

LA HISTORIA (INTERMINABLE) DE LA FERIA

Es otra historia interminable. Casi, casi, eterna. Pues, aunque tiene fecha de nacimiento, ésta se remonta a la época de la oscura noche medieval. Claro, menos conocida que la genial obra de Michael Ende. No en vano es tan propia y significativa de Albacete. La Feria.

Haciendo honor a su título, no tendrá nunca fin, mientras exista nuestra capital, nuestra provincia. Mientras el pueblo albacetense se sienta tan realizado, orgulloso, reflejado y feliz en su lúdica Feria. Siempre.

Esta es, a grandes rasgos, su biografía.

No se sabe si el poblado de la Edad de Bronce de la laguna del Acequión, al cual, según las más recientes investigaciones, se le da como antecedente primero, hace 4.000 años, del asentamiento humano que daría lugar a Albacete, tendría ya Fiestas. De cualquier forma, sí que se puede demostrar la existencia de importantes mercados comerciales ya en el siglo XIV, debido al lugar privilegiado y fronterizo que ocupaba la villa, que en 1375 obtiene de Alfonso de Aragón el título de villazgo y la separación de Chinchilla, población de gran relevancia en el medioevo. Y con este nombramiento también llega el privilegio oficial de organizar Ferias. Aunque siguen siendo de tipo comercial, van adquiriendo un fuerte auge año tras año. Y, así, a lo largo de los siglos XV y XVI. Hasta llegar a otra fecha clave, la de 1672, con la fundación del convento de Los Llanos, donde se venera la imagen de la Patrona, construido por los franciscanos. La gran muchedumbre de devotos de la Virgen y su continua afluencia al convento hace que, poco a poco, se cree un comercio creciente en sus alrededores. De esta forma comienza una dura pugna entre los franciscanos y el Ayuntamiento, que al principio fue favorable a los religiosos y su Feria; en 1710, cuando Felipe V confirma a Albacete el privilegio de Feria franca, dando la razón a los religiosos. Ya en 1738 se celebran las dos Ferias. Y será Fernando VI el que se decante definitivamente a favor del Ayuntamiento, en 1747, quien en 1761 compra los terrenos en los que se celebra. Incluso, surge un proyecto de edificio que no llegará a cuajar, a pesar de su necesidad, pues la ciudad supera con creces los 1.500 habitantes, a los que

añadir todos los que se desplazan expresamente de lugares cercanos a comerciar. No habrá que esperar mucho tiempo para que la Feria posea sus propias instalaciones.

202 AÑOS DE EDIFICIO FERIA

La población ha sufrido un enorme incremento y ya se acerca a la redonda cifra de 2.500 habitantes. El arquitecto José Jiménez, que «sólo» cobrará 165 pesetas por su trabajo, será el responsable del definitivo edificio. Es el año de 1783. De modo que en este septiembre el Ferial cumple el bonito capicúa de 202 años.

La fama de la Feria sigue trascendiendo y ya vienen viajeros y comerciantes de sitios lejanos. Ellos mismos se encargarán de volver con más gente, pues sus alabanzas al regresar a sus tierras de origen no caen en saco roto. «La Cuerda», con sus clásicos animales de distinto tipo, aumenta las posibilidades de comercio de la Feria. A la par, no se olvida al edificio, todo lo contrario, sus mejoras año tras año pretenden hacerlo más atractivo y cómodo, incluso se le abren nuevas puertas y se le embellece, cogiendo un aspecto todavía mayor de corralón—redondo, naturalmente— manchego en su interior, rodeado de círculos concéntricos para la exposición de los productos de los feriantes.

Así, burla burlando con el transcurso del tiempo, se alcanza el primer centenario del Ferial, en 1883, que se celebrará como tan significativa fecha merece, casi 50 años después de la creación de la provincia, que ha acogido la Feria como algo también suyo y se cuelga con ella en todas las ocasiones septembriles. Hasta el punto que a comienzos del presente siglo se fija una duración de dos semanas para los festejos. Las obras y reformas del cuidado edificio le regalan a éste un kiosco central, en el que, desde su inauguración en 1913, tocará la música siempre en todos y cada uno de los días de Feria desde entonces. Otro fuerte impulso le será dado al certamen, años después, al ser declarado oficialmente «de utilidad comercial».

A pesar de que algo tan en la raigrambre y entrañas paisanas como la Feria consigue que se celebre en 1936 la cruel e injustificable guerra civil significa un triste paréntesis, que

marcará al certamen durante un lustro. A partir de 1945, y aunque con la lógica lentitud, la Feria se recupera en su esplendor, y el 7 de septiembre es esperado para divertirse y olvidar. El edificio es restaurado y acondicionado nuevamente, comenzando a refundir su clásico y querido esplendor de otras épocas. La vida recupera, ¡qué remedio!, su ritmo, y la Feria ya es lo que fue y será: el auténtico pulso de los albacetenses. En los años 60 se incorporan como lujoso y cultural prólogo los Festivales de España. En 1971 comarcas y pueblos de la provincia tendrán en el interior del Ferial lugar para instalar sus pabellones y stands. Algo tan tradicional como la entrada al Ferial sufrirá una profunda transformación en 1974, aunque sin perder su sabor propio, y se sustituye la antigua portada neoclásica por la actual. Los aires democráticos le sienten bien a las fiestas albacetenses. Con la primera Corporación surgida de las urnas y presidida por Salvador Jiménez, el interés popular en organizar y participar en la Feria se renueva y alcanza cotas difícilmente superables, que, por fortuna, se han mantenido desde entonces, como lo demuestra la significativa fecha del 200 aniversario del edificio Ferial, en 1983, todo un éxito, al igual o más que su primer centenario. Por cierto, que las reformas en techados, galerías y stands internos se han extendido a su exterior. Las obras supondrán la creación de un tercer círculo concéntrico, más zonas verdes y amplitud para feriantes y público, y el asfalto del tan querido Paseo de la Feria, «el rabo de la sartén». Estas positivas modificaciones se estrenan este año.

En definitiva, la Feria es una cada vez más joven «vieja», con siglos a sus espaldas perfectamente llevados. Y si en las anteriores líneas nos hemos referido a su biografía histórica material, no se puede olvidar que donde mejor se manifiestan los pueblos es en sus Fiestas, tan propias y entrañables de cada uno de ellos. En este sentido, a la Feria le quedan muchos otros siglos y milenios por delante. Su historia seguirá siendo interminable.

Por ello, vamos a finalizar remediando a uno de los hombres de mayor cariño y conocimiento de nuestras tierras. El mismo que acuñó la expresión de «Albacete, la Nueva York de La Mancha», con toda la razón del mundo —y eso que fue a mediados de siglo; qué diría al ver sus actuales rascacielos—, el mismo que tiene su merecido monumento en piedra de Monóvar, su lugar de nacimiento, en otra de las casas tan significativa de Albacete, el Parque:

La Feria, siempre.

Emilio Martínez